

Luján Párez ante la encrucijada de la restauración de la iglesia de Teror

miércoles, 20 de mayo de 2015

Modificado el miércoles, 20 de mayo de 2015

Luján

Párez ante la encrucijada de la restauración de la iglesia

de Teror

Julio Sánchez RodríguezSacerdote

y escritor

Luján

Párez es conocido, sobre todo, por su obra escultórica. Pero también ejerció la arquitectura. A la muerte de Diego Nicolás Eduardo en 1898, el obispo Verdugo y el cabildo catedralicio encargaron a Luján la dirección de las obras de la finalización de la catedral de Santa Ana.

Luján

Párez ante la encrucijada de la restauración de la iglesia

de Teror

Julio Sánchez RodríguezSacerdote

y escritor

Luján

Párez es conocido, sobre todo, por su obra escultórica. Pero también ejerció la arquitectura. A la muerte de Diego Nicolás Eduardo en 1898, el obispo Verdugo y el cabildo catedralicio encargaron a Luján la dirección de las obras de la finalización de la catedral de Santa Ana. También contó con él para que hiciese un informe sobre el estado ruinoso de la iglesia de Nuestra Señora del Pino de Teror. El obispo Antonio Tavira, en su visita a Teror en agosto de 1793, ya había alertado de aquella situación. Escribió el prelado: «Nos ha causado la mayor pena que una iglesia acabada de fabricar a tanta costa y que su disposición, regularidad y decencia es tan recomendable, se halle expuesta a una ruina sin que pasen muchos años...». Verdugo se propuso encontrar una solución definitiva, acudiendo a maestros, arquitectos e ingenieros para que informasen de su estado y remedio. Para esta tarea fueron llamados Luján Pérez, en calidad de arquitecto en ejercicio, el maestro de carpintería Antonio Juan Cabral y el maestro albañil Agustín Martínez. Estos

tres presentaron sus informes en 1801. Luego, el obispo acudió al ingeniero tenerifeño Gonzalo Lorenzo Cáceres que presentó su estudio en agosto de 1803 y un proyecto de reconstrucción de elevado coste. Todos coincidieron en que el estado del templo era ruinoso y aconsejaron cerrar temporalmente el recinto hasta que se restaurase totalmente o se demoliese. Incluso, el ingeniero Cáceres aconsejó como solución más económica y duradera, derribar el edificio y construirlo en otro solar donde la tierra fuese firme y seca, sin infiltraciones de agua ni humedades. Se propuso trasladar la iglesia a San Matías, iniciativa apoyada por el mayordomo principal don Antonio Martínez de Lugo, prebendado de la catedral, y por el mayordomo segundo el terorense Carlos Martínez de Quintana.

Luján

Párez no llegó tan lejos, pero sí fue muy claro al afirmar que el edificio «no alcanza ningún remedio». Transcribo algunos de los párrafos más interesantes del informe de Luján: «Reconocidos los basamentos de todas sus columnas asentadas como arrimadas se

notÃ³ que todas aquellas arrimadas al testero que miran al barranco empiezan a bajar de nivel en la capilla colateral del crucero la cantidad de dos pulgadas, y corriendo por este testero hasta la puerta del baptisterio se va aumentando la caÃ±ada en cada una de las bases hasta llegar a cuatro pulgadas en la puerta referida... En algunas de las juntas se ven las claves algo flojas y desencajadas de su sitio sostenidas al presente a fuerza de cuÃ±a y pellas de cal como se ve en la puerta mayor en que no sÃ³lo la clave sino otros muchos cantos que estÃ¡n junto a ella, padecieron este detimento y han sido vueltos a su lugar asegurados de esta suerte para evitar la ruina de este cerrado, cuyo remedio a mi juicio es muy pasajero y de poca duraciÃ³n... Se ha visto lo mismo en la puerta que estÃ¡ junto a la torre que a pesar de las diligencias que de este modo se practicaron para asegurar su adintelado que amenazaba ruina, se vieron a tierra dos cantos de su capialzado siendo como prodigo no haberse venido todo el cerrado... Todos los arcos de este edificio se ven al presente bien asegurados sin manifestar aun la menor flaqueza, a excepciÃ³n de los dos que cruzan la nave mayor y sostienen parte de la media naranja, aunque estos solos bastan para amenazar la ruina del templo. El que mira a la puerta mayor de donde estÃ¡ pendiente la lÃ¡mpara se ve sostenido como por milagro... Las maderas de los techos que al parecer cubren una nueva y segura faz se hallan en su lugar mantenidas como por milagro...â€•

Concluye

LujÃ¡n con este pesimista juicio: â€œTodos estos daÃ±os que advierto no quiere decir que carezcan enteramente de remedio, pero el Ãºnico que yo contemplo, despuÃ©s de ser muy costoso, no puedo decir que durara mÃ¡s de lo que ha durado la obra, porque no alcanzo ningÃºn remedio contra la insubstancia del piso que es el origen de la ruina principalmente siendo

mÃ¡s fuertes sus impulsos de tres aÃ±os a esta parteâ€•.

Ante

el peligro de ruina y derrumbamiento de parte del templo, para evitar desgracias personales, en agosto de 1801 se decide acondicionar la sala de la Cilla de la Casa de la DiputaciÃ³n para dedicarla al culto temporalmente.

Esta

obra se encargÃ³ a LujÃ¡n PÃ©rez. Faltaba solo un mes para la celebraciÃ³n, el 8 de septiembre, de la festividad de Nuestra SeÃ±ora del Pino. LujÃ¡n escribiÃ³ al arcediano don Luis de la Encina exponiendo lo siguiente: â€œTeror, agosto 2 de 1801. Muy sr. mÃ)o: Si del todo debe estar concluida la sala destinada para parroquia el dÃ-a 8 de septiembre me parece indispensable echar mano de las losetas de la iglesia para acabar el piso, pues dudo que los canteros de Arucas a quienes estÃ¡n encargados 200 y mÃ¡s varas de ellas, puedan dar cumplimiento con tan poco tiempo, pero si para hacer este dÃ-a la funciÃ³n con mÃ¡s comodidad quisieren que sea en la iglesia, para que estÃ©n libres de todo recelo convendrÃ-a poner en el arco mayor una cimbre en conformidad, que su armazÃ³n no incomodara; y puesto que ello se ha de poner para la composiciÃ³n, ya estaba eso andando...â€• Por esta Ãºltima frase deducimos que, a pesar de todo, LujÃ¡n no descartaba la reconstrucciÃ³n de la iglesia.

En

enero de 1803 ya estaba terminada el adecantamiento de la sala. El obispo Verdugo ordenÃ³ cerrar el templo y trasladar el SantÃ-simo y la imagen de Nuestra SeÃ±ora del Pino a dicha sala capilla. Pero las obras de reconstrucciÃ³n del templo no se iniciaron. El descontento del pueblo se acrecentaba por dÃ-as y pronto los acontecimientos mÃ¡s lamentables e inesperados se precipitaron.

En

1805 se conociÃ³ el proyecto de construir un nuevo templo en San MatÃ-as, lejos del lugar donde habÃ-a estado el pino sagrado de la apariciÃ³n de la Virgen. En julio de 1808 la imagen de la Virgen fue trasladada a la catedral para impetrar rogativas por el rey Fernando VII, retenido en Burdeos por los franceses. Pero la estancia en Las

Palmas se prolongÃ³ mÃ¡s de lo debido. LlegÃ³ el 8 de septiembre, festividad de la Patrona, y continuaba su imagen en la ciudad.

El pueblo de Teror fue un clamor exigiendo el regreso de la sagrada imagen, que por fin se hizo el 27 de septiembre. No se calmaron las protestas. Todo lo contrario. Se exigÃ¡ a el comienzo inmediato de las obras de reconstrucciÃ³n del templo. Las manifestaciones y tumultos se sucedieron, participando tambiÃ©n destacados vecinos de Vallesesco.

El pÃ¡rrroco, don Juan Gabriel GonzÃ¡lez, amenazado, tuvo que abandonar el pueblo. Se produjo luego la intervenciÃ³n de cinco divisiones de las milicias, la detenciÃ³n de los principales cabecillas del motÃ-n y la restituciÃ³n del pÃ¡rrroco a su iglesia. Finalmente, se llegÃ³ a un acuerdo pacÃ-fico, gracias a la resoluciÃ³n de la Audiencia, que el 13 de julio de 1809 ordenÃ³ que se ejecutase la reedificaciÃ³n de la iglesia de Teror. Verdugo rectificÃ³ y ordenÃ³ el comienzo de las obras. Estas obras duraron solo siete meses, entre marzo y octubre de 1810. La reconciliaciÃ³n del obispo y el pueblo se hizo patente al aÃ±o siguiente. La Virgen bajÃ³ nuevamente a Las Palmas el 24 de agosto de 1811 en rogativas por la fiebre amarilla y en acciÃ³n de gracias por las victorias del ejÃ©rcito espaÃ±ol contra los invasores franceses.

El dÃ-a 28 Verdugo acudiÃ³ a la villa mariana e hizo el traslado solemne del SantÃ-simo al templo reconstruido. La imagen regresÃ³ a su altar el 12 de marzo de 1812, una vez desaparecida la fiebre amarilla y el peligro de contagio.

Comenta

don Antonio Rumeu de Armas que â€œel santuario de Teror estÃ¡ en pie por la fe y la sublime tozudez de sus moradores. Y se yergue altivo sobre el pino sagrado. Ni mÃ¡s acÃ¡ ni mÃ¡s allÃ¡â€•. A veces, las decisiones de los gobernantes, de los sabios y de los profesionales chocan frontalmente con los sentimientos de los pueblos, contra â€œlas razonesâ€• del corazÃ³n.

Publicado
en La Provincia,
el martes 19 de mayo de 2015